

REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO IV (1918). NÚM. 23

NICOLAI ALKSEIEVITCH NEKRASSOV

I

«BRANI DI VITA»

El día 27 de Diciembre de 1876 murió Nekrassov. ¹ Un cortejo compuesto de muchos miles de admiradores acompañó al cadáver hasta el Cementerio del convento de las Vírgenes, en las afueras de San Petersburgo. Al borde de la fosa, como es costumbre, hubo discursos y lectura de poesías.

Entre los oradores estaba Dostoievski, que nos ha dejado un extracto de su discurso. «Cuando me llegó la vez, hendí la muchedumbre, y muy conmovido, con voz débil, dije algunas palabras. Comencé por decir que Nekrassov era un corazón herido y que toda su poesía, todo su amor por los que sufren, venía de ahí. Estuvo siempre al lado de los oprimidos por la tiranía y por la violencia y en contra de todo lo que atormenta á la mujer y al niño rusos, aun en el seno mismo de la familia. Expresé la opinión de que con Nekrassov acababa la serie de los poetas rusos que nos han traído «una palabra nueva». Ha tenido como contemporáneo al poeta Tutchev, que acaso le aventajaba como «artista», pero que no ocupará nunca el alto puesto de Nekrassov, el cual debe ser colocado inmediatamente después de Puschkine y Lermontov».

Puschkine, Lermontov y Nekrassov, son, efectivamente, los tres grandes poetas de Rusia.

Los dos primeros pertenecen al romanticismo y sin dejar de ser profundamente nacionales, acusan, sobre todo en sus primeras obras, una fuerte influencia byroniana. Nekrassov, tal vez menos culto que ellos, de seguro mucho menos poliforme y ágil, es más rudo, más espontáneo y por eso mismo mucho más tormentoso y popular.

Como la de todos los grandes escritores rusos la vida de

¹ Había nacido en 1821.

Nekrassov es una vida trágica. El padre del poeta era un oficial retirado que vivía en sus posesiones del Gobierno de Poltava; la madre una mujer hermosa, inteligente y sensible, condenada á sufrir día tras día las brutalidades del *amo*, que, unas veces rijo y desvergonzado, perseguía á las domésticas y esclavas del «dominio», y otras, agrio y frenético, descargaba su ira á latigazos, sin distinguir entre los perros de caza, la servidumbre y los hijos. Nekrassov guardó siempre el recuerdo amargo de su infancia y el de su madre—la siempre humillada—que acabó por sucumbir, doliente y sumisa, como había vivido.

A los dieciséis años Nekrassov fué enviado por su familia á la Academia militar de San Petersburgo, pero un estudiante con quien trabó amistad íntima le disuadió para que, dejando la carrera de las armas, se fuera con él á la Universidad. El padre al saberlo rompió con él y para siempre toda relación; antes que ninguna otra la económica. Y así empezaron sus años de miseria negra, desesperada. Nekrassov conoció los antros sórdidos donde se hacían miserables, criminales y mendigos. Todos los dolores del hambre, del rencor, del aplastamiento, Nekrassov los ha vivido.

El poeta salió de este ambiente trágico con la salud irremisiblemente perdida y con el alma hermética para todo optimismo y para todo sentimiento suave y consolador. Hasta su amor á los «humillados y ofendidos», cuerda casi única de su lira brava, es, acaso, más que piedad y amor para las víctimas, odio para los verdugos.

Habituad á mi verso vuestro oído.
Yo no os puedo dar otra canción.
No sabe amar al pueblo en que ha nacido
quien vive sin tristeza ni rencor.

El había hecho buena provisión de rencor y de tristeza en sus años de miserable. La hiel acumulada en su organismo arruinado no dejará ya de correr tumultuosa por el cauce de su verso.

Pero Nekrassov no quería sólo vivir, sino imponerse, mirar de par á quienes le humillaron. Si en la vida hay que llevar un yugo ó imponerlo, él quiso ser de los que imponen yugos. Quiso ser rico, por los caminos anchos y á la luz ó por los ocultos y torcidos. Y se hizo hombre de presa y pudo erguirse y decir:

Llovía torrencialmente
y el viento áspero soplaba
cuando llegué de Poltava
perseguido é indigente.

Solo trafa en mi hatillo
 hambre negra y desengaños.
 Ahora tengo cuarenta años
 y un millón en el bolsillo.

¿Era avaricia? No. Cuando murió Nekrassov sus amigos descubrieron que practicaba la caridad secretamente. Era fiereza, orgullo, y, en el fondo, venganza.

Emilio Verhaeren, el glorioso poeta belga, tiene en su obra, de inspiración tempestuosa, unos breves poemas consagrados al amor. Entre sus versos juveniles de un realismo crudo y violento y los versos de madurez, amplios de visión y desbordantes de exaltado lirismo, el poeta atravesó una zona tenebrosa en la que su razón y su vida estuvieron á punto de naufragar. Neurasténico, la sensibilidad absurdamente sobrecitada, toda creencia en crisis, un pesimismo negro que lo abarcaba todo, hombres y cosas, le iba royendo el alma. Verhaeren oyó más de una vez en sus noches de angustia «el tic-tac débil de la tranquila muerte de los locos».

Hubo, sin embargo, una mujer bella y piadosa que supo sacar al poeta de este círculo embrujado y ponerle otra vez, con los ojos y el alma bien abiertos, frente á la vida y cara al ideal. Los versos amorosos de Verhaeren son cordiales y humildes como una acción de gracias:

Ce capiteau barbare où des monstres se tordent
 Soudés entre eux, á coups de griffes et de dens,
 En un foumulte fou de sang de cris ardents
 De blessures et de gueules qui s'entremordent,
 C'était moi-même, avant que tu fusses la mienne,
 O toi la neuve, ô toi l'ancienne,
 Qui vins á moi du fond de ton éternité
 Avec, entre les mains, l'ardeur et la bonté.

Nekrassov, en vez de esta mujer consoladora que sabe reanimar en el espíritu las esperanzas fatigadas, encontró á la mujer siniestra que ayuda á caer y que hace más amarga la caída. Hasta qué abismos de desesperación y de miseria trágica rodaron, lo ha contado el poeta en esta confesión desgarradora y cínica:

«¿Te acuerdas de aquél día en que enfermo y hambriento me abandoné agotado? En la alcoba helada lloraba tu hijo y tú le calentabas con tu aliento las manecitas. Llegó la noche... El niño lanzó un grito penetrante y... cesó de respirar. ¡Desdichada, no

llores estúpidamente! Mañana el asco y el hambre nos procurarán también á nosotros un sueño profundo y dulce. El casero, maldiciéndonos, comprará tres ataúdes, nos colocarán á los tres en fila y nos enterrarán juntos.

»Agobiados tú y yo estábamos en un rincón de la alcoba. Lo recuerdo. Tú estabas pálida y temblorosa; un pensamiento secreto se maduraba en tu corazón, un atroz combate se libraba en él. Me quedé adormilado. Tú saliste quedito, después de haberte puesto tus mejores avíos, como si fueras á una fiesta.

»Algunas horas después volviste precipitadamente trayendo un pequeño ataúd para el niño y unas viandas para el padre. Aplacamos el hambre que nos atormentaba. Una lucecita se encendió en la oscuridad de la alcoba; amortajamos al niño y lo metimos en el ataúd. ¿Fué el azar quien nos salvo? ¿Fué Dios que quiso socorrernos? Tú no me dijiste nada. Yo, sombrío y receloso, nada te pregunté. Y los dos nos miramos sollozando».

El recuerdo de esta mujer, compañera de los días malos, no abandonó nunca al poeta. Atormentante y atormentada, no supo curarle las heridas del espíritu, ni reconciliarle con la vida, ni alumbrar las aguas de su ternura que corrían subterráneas bajo las miserias que la lucha y el vivir precario habían ido sedimentando en él. Por su parte Nekrassov tal vez fué injusto con ella. El recuerdo candente de esta mujer tiene en los versos que le inspiró un acre sabor de remordimiento.

»Oh tú, de quien he huído con terror, á quien he perseguido con violencia, á quien he prodigado sinceramente bendiciones y maldiciones, ya no eres. Desapareciste en el camino, dejando una huella enigmática, angélica aparición en la tormenta, evocación satánica en el puerto.

»No pudiste luchar ni contra tu corazón apasionado ni contra la suerte. Y en el abismo que ibas cavando ante mis pies, fuiste la primera en hundirte, blasfemando del ídolo que antaño adoraste.

»Yo hubiera podido marcar tu vida, ante el mundo, con un estigma infamante, como con un hierro. Pero mi odio no ha querido ir más allá de la tumba. He comprendido que los dos éramos culpables.

»Sin embargo yo soy el castigado con más crueldad. Los años monótonos se suceden. Y para mí—eterno centinela en la noche del destino—el tiempo no pasa.

»A menudo oigo pasos... y tu voz... un sollozo... y este grito «¡yo no perdono!»

»Me acuerdo de todo, como si cada día se renovara la tragedia.

El mismo, el mismo sueño desde hace veinte años: un sollozo suplicante, un alarido, el brillo de un acero...

»¡Atrás, recuerdos de amor ahogados en sangre!... ¡Ya habéis atormentado bastante mi corazón!»¹

Nekrassov estuvo siempre empeñado en asuntos editoriales. «Le gustan los negocios y no puede vivir sin ellos», decía Dostoievski.² Fué director de varias revistas y propietario de *El Contemporáneo*, en el que aparecieron por primera vez algunas de las obras de este gran novelista.

Hasta 1870 fué el ídolo de la juventud. El día de su entierro cuando Dostoievski dijo en su discurso que el nombre de Nekrassov debía colocarse inmediatamente después de los de Puschkin y Lermontov, una parte del concurso comenzó á vocear: «Después no; delante, delante»

Dostoievski justifica su opinión en la forma que veremos.

A. TORRE RUIZ.

(Se continuará).

LA ESPERANZA

¡Astro sublime, faro refulgente
del dolor en el mar embravecido,
que iluminas el pecho condolido
con el trágico horror que el alma siente!

Tú, cual la aurora del rosado Oriente,
envuelves en tu manto enrojado
del triste anciano el ánimo abatido
ó bien del joven la fogosa frente.

Tú mitigas mis tétricos pesares,
y en medio de mis hondas desventuras
si me hiere tu luz, siento bonanza:
por eso yo me postro en tus altares
y al rendirte mis íntimas torturas
te rindo el corazón ¡santa Esperanza!

IGNACIO MATEO Y MARTÍN.

Valladolid 9 Febrero 1918.

¹ Fragmento del poema *Los Desgraciados*.

² Dostoievski: *Correspondencia*. Carta á su hermano Miguel.

DIVULGACIONES LITERARIAS

La novela de Amadís

(CONTINUACIÓN)

V

El Caballero de la Verde Espada ó El Caballero del Enano.

Simultáneamente son estos los nombres que en la quinta etapa de su vida usa el hijo del rey de Gaula ¹, cuando desterrado de la Corte de Lisuarte, se traslada á *Alemaña* para continuar su caballeresca existencia. Fueron tantas y tan asombrosas las heroicidades que en dicha parte de Europa llevó á cabo, «que por toda ella era conocido como el mejor caballero que en toda aquella tierra entrara».

Cuatro años duró su estancia en Alemania. A su término pasó á Bohemia. En Bohemia, al rey Trafinar, que mantenía guerra con el emperador de Roma Patín, le presta ayuda tan eficaz que casi á su solo concurso fué debido el ruidoso triunfo que alcanzó sobre el romano. Agradecido el monarca, aposenta en su propio palacio al invicto caudillo, y le colma de distinciones y honores, á los que él corresponde librándole de uno de los enemigos que más le molestaban: el gigante Garadán.

En esto, antojósele un día á Lisuarte dar con su hija un paseo por el bosque en que Nasciano habitaba. No tardaron en distinguir al buen ermitaño y á su pupilo Esplandián. La simpatía que emanaba de éste, movióles á acercarse al muchacho y á entablar conversación con él. El ermitaño refirióles prolijamente las circunstancias en que le prohió. Esplandián mostrábase ante aquellos dos personajes tan natural, tan sencillo, tan agradable y tan resuelto en sus palabras y en sus ademanes, que el monarca no apartaba su mirada de él y parecía suspenso de sus labios. ¡Qué secreta alegría la que retozaba en el alma de Oriana, presintiendo, como madre, quién era aquel gallardo mancebo!... ¡Cuán indescriptible su gozo «cuando del todo conoció ser aquel su hijo, que por perdido lo tenía!»

Oriana volvió con Elisena á otro día: no la era posible vivir una hora más sin tener derecho á estrechar entre sus brazos al hijo de su alma. Pidió á Nasciano la oyese en confesión, y conocido por éste el secreto de su falta, no tuvo que esforzarse mucho para reconocer en la penitenta

1 «E no le sabían otro nombre que *El Caballero de la Verde Espada ó El Caballero del Enano*, por el enano que traía consigo».—Libro III, capítulo VIII.—De tal enano nada hasta ahora se había dicho en la novela.

la madre del niño que él había salvado de las garras de una leona. Jubiloso bendijo á uno y á otra, y emocionado contempló la escena de amor desarrollada entre la abuela, la madre y el doncel animoso y esforzado.

El Caballero de la Verde Espada distraía entre tanto su honda pena por los campos de Rumanía. Fué víctima en ellos de «mortales peligros, con fuertes caballeros é bravos gigantes»; pero, aunque «con gran peligro de su vida, quiso Dios otorgarle la vitoria de todos ellos, ganando tanta prez, tanta honra, que por maravilla era de todos mirado». De los que mayor renombre le conquistaron, fué el triunfo alcanzado sobre el soberbio y presuntuoso caballero Brandasidel, que se empeñaba en que había de presentarse, para rendirla adoración, ante su dama la vanidosa señora Grasinda. Verdad es que la victoria le costó una grave herida en la garganta, que con la espada le hizo su adversario; mas verdad es asimismo que, en cambio, la altiva Grasinda acaba por enamorarse del *de la Verde Espada*, porque transportado al domicilio de ella para que le curase el maestro Elisabeth¹, permanece en él durante varias semanas.

Con el propio Elisabeth, nuestro personaje, una vez convaleciente de su herida, pasa á las islas de «Romania» y de Grecia, por las cuales «anduvo asaz tiempo, haciendo cosas en armas, y combatiéndose con gentes extrañas», además de «sofriendo muchas afrentas é peligros, é muchas heridas», de las que tuvo el acierto de curarle siempre bien y pronto, «el gran maestro que consigo llevaba». De aquellas islas, se dirige á Constantinopla, haciendo un alto en la Isla del Diablo, perdida en la inmensidad del mar, con el exclusivo objeto de exterminar á un monstruoso endriago que había sentado sus reales en ella, y de cuyas hazañas estaba en antecedentes por la relación que le había hecho el mencionado curandero. Mientras éste quédase implorando á Dios concediese la victoria á *El Caballero del Enano* en la espinosa y peligrosísima empresa á que se arriesgaba, nuestro héroe, encomendándose á Oriana, toma tierra con Gandalfín en la isla, y le encarga que si perece en la aventura, le arranque el corazón y se lo lleve á la dama de sus pensamientos, no sólo por ser «suyo enteramente», sino porque él no quiere «dar cuenta ante Dios de cómo lo ajeno llevaba consigo». Y ya descargada su conciencia de tal peso, ordena al escudero dar voces para que el monstruo salga del escondite en que se ocultaba. El endriago aparece, en efecto, por entre unas peñas, rechinando los dientes con ruido terrible, arrojando espuma por la boca y lanzando por los ojos rayos de cólera. Apenas Gandalfín le distingue, ni un músculo de su cuerpo queda sin temblar de espanto, ni un cabello de su cabeza sin erizar de miedo. Tan espantosa era la figura del endriago que hasta el corcel en que montaba el caballero, se encabrita aterrado.

Sereno *el de la Verde Espada*, se apea del noble bruto; toma la lanza y se aproxima, andando despacio, al monstruo. Su primer movimiento es

¹ Elisabeth el Curandero es personaje de la invención del autor del tercer libro. En los anteriores no figura su nombre.

introducirle por un ojo más de la mitad del arma. Esquiva después, impertérrito, el impulso agresivo de la fiera humana aquella, y aprovechando un instante oportuno le da una lanzada en el costado derecho. Ruge de dolor y de rabia el endriago, de modo que semejaba su voz al trueno; mas aunque intenta agarrarse á su adversario, no lo consigue porque la cólera le ciega. El caballero desenvaina la espada y se la mete por una de las ventanas de la nariz, «que muy anchas las tenía»; y por fin, le remata dándole dos tajos «en los sesos», y ensartándole por la boca ¹.

Qué tal serían la serenidad y el valor de *El Caballero del Enano* en aquella contienda, que hasta el propio endriago, feroz y valiente hasta la hipóbole, preguntase con asombro, en medio del aturdimiento que le producen los primeros golpes que aquél le asesta, quién podría ser un adversario que parecía de hierro, y en quien no hacían mella las desgarraduras que con las uñas y los dientes causaba en sus carnes cuando hacía presa en ellas. La respuesta, si á la pelea hubiera sobrevivido, la habría hallado viendo á su heroico rival caer sin aliento á los pies del cadáver del monstruo, repitiendo al tembloroso Gandalfín con voz que remedaba un suspiro por lo apagada y débil, que se moría á consecuencia de las heridas que ensangrentaban su cuerpo, «tomes mi corazón, é se lo lleves (á Oriana), é dila que, pues siempre fué suyo, é le tuvo en su poder desde aquel primero día que yo la ví, que lo tenga en memoria de aquel cuyo fué».

Mas no debía morir *El Caballero del Enano* en aquella empresa, y no murió por suerte. Aparte de con su buena estrella y su robusta naturaleza, contaba con la pericia de Elisabeth como cirujano. A la llamada de Gandalfín, azorado y convulso, acudió presuroso el maestro «á catarle las heridas, é le concertó los huesos é las costillas, é le cosió la carne, é púsole tales melecinas.... que el caballero pudo hablar». Transportóle con el consiguiente cuidado al castillo del endriago, depositóle en un mullido y blando lecho, le asistió con solicitud y cariño, y á los veinte días, el moribundo podía repetir lo que el personaje del cuento: Aquí no ha pasado nada.

En Constantinopla, adonde sin novedad llegan, Elisabeth da parte al emperador, como dueño de la Isla del Diablo, de lo que indicado queda; y el emperador, maravillado de la hazaña y agradecido al héroe, dispone que se mude el nombre de la isla por el de Insola de Santa María. Hecha pública la singular aventura, las gentes se disputaban el honor de saludar al caballero; y el rey y su esposa le hospedan en su palacio, le presentan á sus hijos, le agasajan y le atienden como a un personaje de la categoría más alta. A él lo que más sensación le causa es conversar con la más pequeña de las infantitas, porque tenía los años de Oriana cuando él la conoció ², é interrogado por los monarcas acerca del motivo de su

² De este episodio, en el cual llega el autor de *Amadís* á la raya de lo increíble, se ha señalado por algunos como antecedente la lucha de Ulises con el ciclope Polifemo, aunque aquél venció á éste más por la astucia que por la fuerza.

² «Y como fuera de sentido, le vinieron las lágrimas á los ojos, y todos le vieron llorar.»

visible emoción, niégase, pudoroso, á declararla, pero cede, tierno, á los deseos de la niña Leonorina—que le regala una corona para Oriana,—y la refiere, cariñoso, la historia toda de sus amores.

Trascurridos entre fiestas y excursiones unos días en Constantinopla, *El Caballero del Enano* torna al castillo de Grasinda ¹. Además de altiva, era ésta mujer de gran hermosura, y pretende convencerle de que debe acompañarla á la Corte de Lisuarte, en la que figuraban tantas bellezas, y ganarla por la fuerza el dictado de hermosa entre las hermosas. Teniendo en cuenta que Oriana había dejado de ser doncella, el caballero promete complacerla. Ella, contando con la palabra del galante héroe, se apresura á disponer su equipaje; y él, para pensar en la manera de cumplir aiosamente su promesa, se va á dar un paseo por el bosque que circundaba el castillo. Cuando más abstraído se hallaba en sus pensamientos, recibe la desagradable sorpresa de encontrar mal herido, caído en el suelo, á Bruno de Bonamar, amante de Melicia. Arrancábanle los dolores lamentos tan tristes, que *El Caballero de la Verde Espada* «estaba muy fieramente llorando»: las heridas no eran de consideración, por fortuna, y á los pocos días, con la ayuda de Elisabeth, se encontraba fuera de todo peligro el paciente.

Aun en aquél paseo recibió la impresión de hallarse con Agrajes, que venía huyendo de Brandasidel porque le perseguía para matarle: excusado será notar que *El Caballero del Enano* libra á su amigo del enemigo, como quien libra á un niño de pecho de la tenacidad de una mosca,

Todo preparado para el viaje al reino de Lisuarte, Grasinda, Elisabeth, Bruneo, Agrajes, Gandalín y *El Caballero de la Verde Espada*, embarcan en la nave que había de transportarlos, y se dan, muy contentos, á la mar. Dejémosles proseguir el viaje, y tomemos nosotros, en tanto, unos instantes de respiro.

VI

El Caballero Griego

Surcando las aguas del mar Oceano la nave en que viajaban los personajes que quedan nombrados, *El Caballero del Enano* mandó llamarlos, reuniólos sobre cubierta, y con cierta solemnidad les dijo: De aquí en adelante no me llaméis por otro nombre sino por el de *El Caballero Griego* ². Y haciendo adelantarse á su escudero y amigo, entrególe la espada verde para que la guardase en lugar oculto y seguro. Cifóse después á la cintura una correa, y colgó de ella uno de los muy ricos aceros con que le regalara la reina Menoresa de Constantinopla, y dispúsose á dar comienzo á la sexta etapa de sus novelescas hazafías.

¹ Había asegurado el autor que *Amadis* permaneció cuatro años en Alemania. Aquí afirma que fueron tres, y dos en Rumania y Grecia. Es lo mismo para la «verdad histórica» de la novela, pero el error prueba que el arreglador de ésta no se cuidó de corregir tales pequeñeces.

² Libro III, capítulo XVI.

Pronto tuvo ocasión de recibir agradable encuentro: en dirección opuesta á la ruta que la embarcación seguía, vió que avanzaba otra, que se detuvo al cruzarse con ella. Varios caballeros iban en ésta, comisionados por Lisuarte para marchar en busca de *Amadís* hasta encontrarle 1. Pero, por lo que le refieren, su alegría se trueca en tristeza, primero, y en enfado, luego: Lisuarte había determinado reunir Cortes en la villa de Tagades para discutir el concertado matrimonio de Oriana con el emperador de Roma.

Los segundos le parecieron siglos á *El Caballero Griego*, hasta que se vió en la mencionada villa. Inmediatamente remitió con Grasinda un cartel de desafío al monarca y á cuantos apoyaron sus propósitos, Salustanquidío y Maganil, en nombre de todos los adeptos á la idea, aceptan el reto. El duelo se verifica, y *El Caballero Griego* vence sin dificultad á todos. Disponfase á rematar á uno de los más valientes, cuando interviene Esplandián solicitando el perdón para el vencido. El vencedor lo otorga, y pregunta quién es aquel apuesto muchacho. Satisfecha su curiosidad, mírale en el pecho las letras que mostraba. Puede leer las que estaban en caracteres blancos; mas, aunque de Grecia volvía, no logra entender las de letras rojas.

No obstante su éxito en el torneo, Oriana parte para Roma, cumpliendo la voluntad de su padre, y *El Caballero Griego* se refugia en la Isla Firme; pero no cede en su empeño de estorbar el enlace de su amada con el emperador de Roma, y á este fin, unido á varios de sus amigos más fieles, sale en una nave al encuentro de la en que llevaban á la madre de Esplandián, la acomete, pelea contra todos los que la custodiaban como león embravecido, toma á la prenda de su corazón, y vuelve con ella á la isla. A cuantos caballeros iban en la nave atacada, los conduce al Castillo de Grasinda y los encierra cual prisioneros de guerra: entre ellos contábase varias damas y el Arzobispo de Talaeia 2.

El Caballero Griego, de conformidad con los excelentes amigos que le rendían en la isla tributo análogo al que prestaban al rey 3, envía embajadas á Lisuarte, dándole cuenta de lo hecho, á Constantinopla, y á la reina Briolanja, para que de ambos reinos se apresten á remitirle hombres que le auxilien en la guerra que pensaba sostener contra el padre de

1 «Las lágrimas le vinieron á los ojos, con el gran placer que su ánimo sintió, en ver cómo sus parientes todos y amigos, le eran leales.»

2 Al principiar aquí el cuarto y último libro de la novela, el corrector de la edición publicada en Venecia el año 1500, encabézalo con un elogio, no mal compuesto, de la obra. Francisco Delicado la llama «tan divina como humana»; de su estilo opina que es «dulce», y que está escrita—añade—«con orden maravilloso»; orden que «incita á leerla y tornarla á leer.» Afirma que el asunto está «maravillosamente contado», y que la novela toda «es apropiada á cualquier buen caballero.»

3 De entre esos amigos se destaca Don Brián de Monjarie. Su madre, hermana de Perión de Gaula, era esposa del rey de España Ladasán. Brián se hallaba con *Amadís* porque Ladasán «estaba en una cuestión que él tenía con los africanos» (Libro IV, cap. V.)—El dato es vago, pero como el autor refiere los hechos como ocurridos en sus días, pudiera servir para confirmar la común creencia de que este libro IV se escribió á fines del siglo XIV ó principios del XV.

Oriana, si no ceja éste en sus propósitos. Mientras las respuestas llegan, la Sin Par le narra con detalle el nacimiento y la vida de Esplandián. Cuadragante y Brián tornan anunciando que el monarca está hecho una furia y no quiere que le hablen «de otro medio que el rigor»; que Brisena no se cansa de llorar la terquedad de su marido, y que á Arbán y á Grumeda, consejeros reales, que aconsejan en balde á Lisuarte mucha templanza, no les llega la camisa al cuerpo, porque se temen que va á armarse la gran trifulca. Perión, Briolanja y el de Constantinopla contestan á *El Caballero Griego* presentándose en la isla, seguidos de lucida hueste de caballeros y de soldados.

Lisuarte reúne sus tropas; súmalas á las de Patín, el emperador de Roma, y se dirige á la Insola Firme. La batalla entre ellas y las que acaudilla el amante de Oriana, se entabla fiera. La carnicería es espantosa: dura la pelea cuarenta y ocho horas, y el éxito, conforme es de imaginar, se inclina de parte de *El Caballero Griego*. En una de las acciones, Patín pierde la vida ¹.

Horrorizado Nasciano por el número de muertos resultantes de la sangrienta lucha, ruega á Oriana, á su amado, y á Lisuarte, no la prosigan. A el último le asegura que son inútiles los sacrificios que ha hecho, porque Oriana es la esposa de *El Caballero Griego*, y de él tiene por hijo á Esplandián. Lisuarte se asombra de la noticia: á haberla sabido antes ¡cuántos males se habrían evitado! El ya no tiene inconveniente en dar por finiquitada la campaña, y encarga á Nasciano indague la opinión de su adversario. Y como éste era precisamente partidario decidido de no continuar una lucha tan inútil como terrible, la paz se hace y todos quedan tan amigos. Aún el yerno presta al suegro un buen servicio, pues contribuye á humillar á uno de sus aliados, un monarca arábigo que descontento del fin de la campaña, se le mostraba hostil.

Libre Lisuarte de preocupaciones, y muy contento con el giro que los sucesos habían tomado, convoca á sus amigos á una reunión en el Monasterio de Lovaina, para exponerles las obligaciones que tenía contraídas con *El Caballero Griego*, y para que sepan que «así como por su voluntad, ellos dos (Oriana y Amadís) son juntos en matrimonio ², sin lo yo saber, así, sabiéndolo y queriéndolo, queden por mis hijos, sucesores y herederos de mis reinos». Y en tanto á Amadís le llega el momento de sentarse en el trono de su suegro, éste, regresando á su reino, es malamente encantado, y así conducido á lóbrega cárcel; y aunque en el ánimo del que nos cuenta su encantamiento y encierro, estaba que «no se vuelve mas á saber de él», sabremos luego, y le veremos libre y sano, por obra y gracia del continuador del entretenido y fantástico cuento que extractamos con alguna amplitud, por lo mismo que los que se han servido dar-

¹ Aquí no es *Amadís* el valiente caballero andante que vemos en el Libro I, ni el invencible campeón del Libro II, ni el audaz aventurero del Libro III, sino el general que gana batallas al frente de numerosa hueste de soldados y peleando contra los ejércitos de dos monarcas. La evolución en su vida, tiene su remate. cual se verá, siendo rey él mismo.

² Los había casado en secreto Nasciano, indica el autor.

nos de él noticia—que no todos los que gustan de este género de estudios, pueden leer las obras en sus originales,—lo han hecho siempre con concisión extremada para la importancia que la novela de *Amadís* tiene en la historia de nuestras Letras. ³

CÉSAR MORENO GARCÍA

(Continuará)

Pulchra Leonina

FANTASÍA

En la vieja y dormida ciudad de la leyenda áurea, es mi refugio predilecto la gótica catedral de vidrieras de ensueño. Allí comprendo el inmenso poema dulce y confortante del Nuevo Testamento. Su cálida soledad es mi recreo, en ella vivo el arte y allí sueño la vida; bajo sus bóvedas, uno lo pasado y lo actual y creo para mí un mundo nuevo de ideas, amplias, como sus naves, sutiles, como sus hacecillos de columnas que se pierden en las bóvedas de prodigiosas crucerías, luminosas, sin destellos que dañen, como la luz que se filtra á través de sus altos ventanales. En ella ensoñé ó viví una tarde la historia de su construcción. Al contaroslo pierde el encanto de lo vivido: si vais allí alguna vez, ensoñadlo ó vividlo como yo y la impresión os durará siempre.

* * *

Aquella, como todas las tardes, entré en la catedral. Cantaban los canónigos en el coro con un ritmo cansino y perezoso que invitaba al sueño; de cuando en cuando el trémolo agudo de una voz infantil se elevaba en el aire, saltaba de columna en columna, de bóveda en bóveda, y se refugiaba en las reconditeces absidales; en lo alto, en la torre, una campana grave y sonora ponía una nota austera en la austeridad ambiente y á lo lejos un carillón juvenil y chillón refa locamente monjiles regocijos.

Tomé asiento en *mi sitio*, un rincón del crucero junto al sepulcro afiligranado de un obispo, y me perdí en la detallada contem-

³ «A Dios sean dado Gracias. Acábanse aquí los cuatro Libros del esforzado é muy virtuoso caballero *Amadís de Gaula*, hijo del rey é de la Reyna Elisena, en los cuales se falan muy por extremo las grandes aventuras y terribles batallas que en sus tiempos por él se acabaron y vencieron, é por otros muchos caballeros, así de su linaje como amigos suyos.»

plación de todo; una vidriera que frente á mí policromaba la luz, llamó especialmente mi atención: era más antigua que las demás y su carácter no era del religioso fervor de las otras; tenía una unión mística imponderable; pero el personaje allí representado no era un santo, á lo menos no estaba representado como tal. Menestrales lujos cubrían su cuerpo, rizada y luenga cabellera hollaba su faz y en la mano portaba un rollo.

No sé el tiempo que estuve contemplándole; sólo sé que de pronto descendió tranquilo del alto vitral, pasó la nave, se acercó á mí y dijo: Desde la altura de mi puesto vengo todas las tardes contemplando la religiosa admiración que sientes por mi obra y hoy he querido descender á ti y contarte el secular secreto de mi vida.

Oyeme, y que en tu corazón hallen mis palabras el cálido lecho de la fe; óyeme, y si alguna vez lo dices, que tus labios tengan temblores de misterio y musitaciones de oración.

Fuí en vida un loco que recorrió la tierra de extremo á extremo, en busca de ideales impresiones para mis versos, recorrí el mundo y traté á los hombres, me alejé de ellos y en la vida silente de la naturaleza purifiqué mi alma. Yo sé de los eternos vésperos del polo, yo sé de la luz que ofusca en el desierto, yo sé de la raquífica vegetación en las cumbres de las inmensas graníticas excrescencias, yo sé de la exuberante vida de los trópicos; crucé los mares, y mis pies sangraron en las largas jornadas por países vírgenes, lo viví todo, lo agoté todo y con los ojos abiertos á la vida fuí en todo aprendiendo, fuí en todo sintiendo, fuí todo yo, un órgano sensorial que recogió la vida entera.

Viejo ya, casi al fin de mi jornada llegué aquí enfermo, la piedad de un obispo me recogió: era todo mi caudal un viejo zurrón donde guardaba mi obra, la obra que escribí en noches de fiebre y de videncia, versos que fluyeron del corazón y que no se contaminaron al pasar por los labios. En ellos describía un templo gigante y extraño, de columnas como palmeras del desierto que entrecruzan sus hojas formando bóvedas de ensueño, pleno de luz de auroras, pletórico de estalactíticos encajes.

Muerto, todo lo mío lo llevaron á quien con su caridad me recogió, por si algo decía de quién era.

A poco comenzó la construcción de este templo. Por entre la inmensa algarabía de obreros que de lejanas tierras llegaron, pululaba el obispo y daba órdenes que sonaban á música de exámetros y que leía en un pergamino; eran mis versos, eran mi obra, en ella describía un templo gigante y extraño, de columnas como

palmeras del desierto que entrecruzan sus hojas formando bóvedas de ensueño, pleno de luz de auroras, pletórico de estalactífticos encajes.

Un ruido ensordecedor me despertó. Un viejo sacristán agitaba unas llaves con estruendo, indicando que iba á cerrar el templo prodigioso; en los carcomidos sarcófagos de piedra dormían su sueño eterno reyes y obispos; el templo, oscuro y solo, tenía apocalípticos tenebrismos y en el alto vitral la escasa luz esfumaba los enérgicos contornos de un personaje de menestrales lujos que en las horas de sol policromaba dulcemente las anchas losas del crucero.

SATURNINO RIVERA MANESCAU.

¿DÓNDE ESTÁ EL MAL?

Los que á fuero de educadores, con ó sin prerrogativas para tal misión, mangoneamos en el periodismo que es cátedra de cultura, escribimos con el alma contristada al palpar, por las muestras que nos llegan, el desorientamiento, que raya en fracaso, de una parte, si bien reducida pero selecta, de la juventud hispanoamericana, atacada de «modernidad y de extranjerismo, de divagación y amoralidad».

En la magna y ubérrima patria americana deben enfocarse actividades y bellas creaciones. América sea un férvido hogar abierto á los intereses y á la hermosura de la raza; América sea un inmenso y generoso corazón para los dulces ideales y sentimientos latinos.

Minas inagotables, ignoradas están todavía para los mismos hijos americanos: que el continente conozca tanta riqueza de pensamiento y arte.

No desdeñe las cosas del Nuevo Mundo aquella perturbada juventud. Víctima de vicios que la moda llama dorados, deslumbrada por tentadoras lecturas, presuntuosos modelos y alabanzas inmotivadas, se pone en ridícula evidencia: publica engendros salidos de la farmacia, amoralidades de hospital. ¿Qué pueden legar el opio, la morfina, el folletín policial y la película escandalosa? Un ejército de fatuos, engreídos y enclenques.

El cinematógrafo, esta bellísima flor de la ciencia y del arte, es persuasivamente educador. Está llamado á fecundas sorpresas

estéticas. Rompa, por lo mismo, aquellas cintas que emponzoñan y desvían la vida; esa vida que sin perfeccionamientos y ensueños sería el más duro de los castigos.

La criminal conspiración del engreimiento y de la ignorancia está perdiendo el seso de esa no rectamente dirigida juventud. Desperdicia sus energías como un millonario loco, en estériles y fugitivas empresas de orgullo, fatuidad y atropellada imitación. Lejos de ella la solidez y el cálido soplo nacional, es decir, americano. Construyen sobre arena fantásticos palacios—biombos del vicio—que no resisten el empuje de la argumentación. En mala hora divinizaron la *vida bohemia*, arsenal de mugre, pereza, corrupción y descaro.

Capricho literario baladí, no deja ninguna enseñanza. Arte que no educa los sentimientos, será lo que quiera; pero no es arte puro. Arte que no se nacionaliza, no es estable, por más que brille.

Hace tiempo que el mundo arrió la alucinadora bandera del «arte por el arte» izada por Gautier. Dígalo sino el primoroso d'Annunzio que ahora se ocupa en problemas patrios y problemas científicos y morales. Después de triunfos momentáneos, definitiva es la derrota de los prosélitos del arte por el arte. «Se les acusa, dice Ramiro de Maeztu, de que no eran propagandistas del arte puro, sino de la inmoralidad y de la ficción, del triunfo del animalismo, sobre el triunfo de la moral, de la mentira y de la paradoja, sobre la verdad. Hay que reconocer la justicia de las acusaciones».

En lo antiguo, la arquitectura fijó las creencias, los asuntos de la patria. El capitel corintio representa hojas del país helénico, el pórtico del Partenón está adornado con estatuas inspiradas en las muchachas prisioneras de Caria y sus frontones con motivos del Atica.

En lo moderno, el arte perpetúa á la patria.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

AMOR Y CASTIDAD

—Jardinera del verjel
 todo luz y todo flor,
 ¿dónde siembras el carmín
 que tu frente endiademó?

—Lo siembro, lindo doncel,
de carmines trovador,
en el parque del jardín
que un rosal embelleció.

—Jardinera del edén
en que siembras tu carmín,
¿dónde posas, toda en flor,
bella mano de marfil?

—Sobre mi tranquila sien
aromada del jazmín,
cual tú aromas, trovador,
frescas rosas del Abril.

—Jardinera del rosal
del perfume embriagador,
¿dónde siembras la virtud
que tu sér emperfumó?

—Doncel, galante y lilial,
de mi aroma admirador,
te juro, por mi salud,
que sólo Dios la sembró.

—Jardinera del plantel
de mi florido trovar,
¿quieres darme linda flor
en tus labios de coral?

—No puedo, lindo doncel,
rojas flores deshojar;
que tu petición de amor
no se arraiga en mi rosal.

—Jardinera Castidad,
dame por Dios un clavel;
pues si no me he de morir
sin disfrutar del edén.

—(¡Oh, Virgen; tenle piedad!)
¿Y eres tú, noble doncel,
el que pretende vivir
hiriendo alevé mi sien?

—Jardinera del rosal
que nunca se deshojó,
¿dónde siembras el carmín
que encendiera tu candor?

—Lo siembro con un cendal
de suspiros, que alma dió
á este frodoso jardín
¡todo luz y todo amor!

Por el madrigal dialogado,
AURELIO BÁIG BAÑOS.

SUTIL, MUY SUTIL

—Que sea de hadas, decía una rubita con cara de ángel.

—No, de reyes—replicó un muchachito más avisado que Lazarillo, aunque, por fortuna, no tuviera que verse en las malas andanzas y travesuras del de Tormes, ya que había tenido la suerte de nacer en cuna de oro.

—Será un cuento de la vida—añadió sentenciosamente la abuelita en torno de la cual se hallaban nietos, vecinos y hasta la niña rubita que era hija de los porteros de la casa. La fiesta no podía menos de tener reunidos á parientes y conocidos, y el deseo de asistir á la *misa del gallo* forzaba á buscar recursos para ahuyentar el sueño cuanto fuera posible.

—Pero de risa—se atrevió á proponer uno.

—Triste, triste—pedía otro.

Y la abuelita puso paz diciendo:

—Ni triste, ni alegre. Nos empeñamos siempre en caer en los extremos: yo adoro la primavera, el amanecer, la sonrisa. ¿Quién sabe si, cuando vayamos á buscar el cielo ó á temer al infierno, nos encontraremos con un Dios de amor que nos abrazará á todos? Por eso no quiero contaros una historia triste, ni una tradición jocosa: ni os quiero hablar como á niños, ni quiero acordarme de que soy vieja: mejor será que nos acordemos de que habéis de ser hombres.

Cuentan las crónicas que los muchachos no entendieron las palabras de la abuela, pero la abuela habló así:

I

Era una noche como ésta, y era una capital de poca importancia como la nuestra. Los niños iban con zambombas, panderos y otros artefactos cantando villancicos por calles y plazuelas á más y mejor. El cielo parecía sumarse á la alegría de los hombres; una luna clara, majestuosa, rodeábase de una corte de estrellas que para sí quisiera el más poderoso de los reyes de la tierra, y un viento suave, que traía envuelto un hálito de nieve, acariciaba las ramas secas de los árboles que esperaban el buen tiempo para vestirse con todas las galas de la Naturaleza. La campanita, una campanita que parecía de cristal, una campanita que semejaba voz de los cielos cerniéndose en el espacio, tañía con placer infinito llamando á los fieles para que festejasen como ella el acontecimiento magno que se rememoraba. La religión hablaba á los corazones; las almas se entregaban al idilio que llenaba los ámbitos del mundo, y el mundo se sumía también en un idilio de paz y de consuelo.

Los viejos tradicionales empezaban ya á cruzarse con las cuadrillas de muchachos que no se daban momento de reposo en el gritar y golpear y producir estruendo con cuanto se pusiese al alcance de sus peca-

doras manos; iban temerosos de perder tiempo y lugar, á ocupar el sitio que tenfan por costumbre y que les recordaba los días de la niñez en que, conducidos por sus padres, habían asistido á la misa de media noche para dormirse en el evangelio, soñar durante la celebración del poema sacrosanto y despertar en el camino al ser conducidos á casa en hombros de su padre. El silencio del templo huyó ante los cambios de sillas y sobre todo ante el conjunto de toses cascadas, crónicas, que le atacaron á fondo y con insistencia cruel. Y llegó la hora de officiar, y llegaron á la iglesia, María, su hermana Elena, sus padres y Gabriel. Las dos hermanas tomaron sus reclinatorios y se arrodillaron tan modestas, tan devotas, tan espirituales, que dirfase las rodeaba un misterio plácido y ultra-terreno. Gabriel quedó atrás respetuoso, erguido, gallardo. En los labios de María flotaba continuamente una oración, en los ojos de Elena brillaba como una aspiración á lo infinito.

Y en la calle se apagaba el bullicio y sólo se oía allá lejos á un muchacho que, ya ronco, cantaba:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad...»

Terminada la ceremonia volvieron á animarse las calles con espasmos de orgía inocente; pero aquel nuevo estruendo fué como la última llamarada de la luz que va á extinguirse. A las pocas horas María lloraba. Envuelta en el misterio de la oscuridad, tendida en el lecho del cansancio convertido en verdadero lecho de dolor, seguía la oración empezada en la iglesia.

—¡Dios mío: tú que bajaste al mundo por redimirnos de nuestras culpas, tiende tus ojos á mí y ten misericordia! ¿Por qué, por qué he de ser tan desgraciada?

En verdad que el corazón de María estaba destrozado. Gabriel, su Gabriel, aquél por quien diera la vida, aquél que siempre había sido su consuelo, aquel que había estado continuamente pendiente de sus labios, era callado, huraño, arisco, violento. Cada día resultaba mayor el disgusto, y podfan contarse los disgustos por días. La pobre niña no sabía nunca la causa de tal conducta. Era cariñosa y él se enfadaba precisamente por eso. No lo era, y él la atormentaba con unos celos espantosos...

—¿Por qué, Dios mío, por qué?—se preguntaba siempre.

Su hermana le había dicho muchas veces:

—Estúpida, más que estúpida. ¿Tú crees que á los hombres se los caza con gazmoñerías y suspiros? Si te estará bien empleado que te deje, porque melindrosas como tú no estáis bien más que en un cuarto-estufa. La mujer ha de ser para el hombre como un día de primavera: risueña, bullidora, llena de encantos, de recursos, de mimos, y ha de hablarle y ha de resultarle como la brisa, como la niebla, como el sueño; sutil, muy sutil.

La respuesta de María era siempre el silencio, y una lágrima furtiva denunciaba que, al encerrarse súbitamente en su habitación, iba á rom-

per en el llanto más desconsolador. Las ilusiones morfan como las hojas de los árboles cafan al suelo para ser arrastradas por aquel viento suave que cada vez era más frío, más frío...

II

Tendida en el lecho del descanso que estaba convertido en lecho de dolor, seguía la oración empezada en la iglesia:

—¡Dios mío! ¿Por qué he de ser tan desgraciada?

Y el Dios-niño que acababa de bajar al mundo, llegó junto á ella para hablarle del misterio y llenar su alma de eterna amargura. Sintió María un leve ruido, la sombra de una idea pasó por su mente cual si fuera inspiración divina, se levantó, dudó, atisbó, miró y su alma cayó por completo en el abismo de la desilusión más desoladora. El corazón se rompía, la vida se escapaba...

Allí, en el balcón, en aquel balcón en que ella empezó á gozar de sus amores, estaba Elena. Su plática era juguetona, caprichosa, fútil. En la calle, en aquella calle en la que ya había muerto todo estruendo, en la tranquila calle pueblerina, estaba Gabriel. La oración había sido atendida y ya sabía la pobre niña por qué era tan desgraciada. En la noche seguía el idilio, en el corazón de María se había enseñoreado la tragedia, pero ahogó los sollozos en el lecho, y las lágrimas puras, el rocío de sus ojos cayó como agua de mayo para hacer fructificar las flores de la resignación.

Cuando la campanita de sonido de cristal comenzó á llamar á los fleles para la misa del alba, nadie hubiera dicho que la niña pueblerina era la misma que el día anterior. El violado cerco de sus ojos, la palidez de la cara, los labios denunciando la fiebre y la laxitud de todo su ser, parecían envejecerla en veinte años. Y, á pesar de ello, aquel débil cuerpo sostuvo con entereza el temple sereno del alma. Nadie diría que era la misma niña que semejaba iba á caer en un desmayo, la que mantuvo con tesón, á la par que con humildad, ante sus padres el propósito formado. La campanita de cristal volteaba á los lejos como desatinada: era la voz de la religión que se extendía por toda la ciudad para hablar del ideal, de lo desconocido, de la fe, y María la había oído.

—Era natural. Las mosquitas muertas en donde están bien es en los conventos—comentó Elena; pero la mirada serena y mortificada de su hermana la hizo callar. Algo había en aquellos ojos que despertaba el remordimiento é inspiraba compasión.

Las protestas de los padres fueron vencidas, y María salió al fin para un lejano convento.

* * *

—Abuelita, ese cuento es triste—interrumpio un mozalbete.

—Así me gustan á mí—dijo otro amoscado por la impertinencia del otro.

—Callad y esperaos—terció la abuelita disponiéndose para proseguir su narración. Y en seguida continuó:

III

La pobre niña pueblerina vestía las tocas monjiles con tristeza inusitada. En su celda, limpia como alma virginal, ordenada cual movimiento de estrellas, y linda como rosa abriñena, había un niño Jesús tan delicadamente adornado, que pareciera al mortal que lo contemplase, que un querube había descendido al mundo para dejar una muestra de las gracias del cielo en aquel retiro.

Los ojos de la pobre niña se posaban en los de la imagen con una ternura que nunca habían demostrado, con un amor eterno y puro puesto en el ser que nunca responde con acritud á las caricias, sino que siempre se muestra con los brazos abiertos para recibir con embeleso a la amada. Era una tendencia al amor místico; era un querer vivir para aspirar á la transformación en el amado; era un ansia infinita por gozar la tranquilidad de espíritu que nace de haber llegado al puerto después de luchar con heroísmo para vencer la tormenta de la vida.

Y el recuerdo seguía siendo la tormenta. Cual la madre besa á su pequeñuelo, y es feliz porque el hijo no puede apartarse de sus caricias, pero luego, cuando los años transforman al fruto de sus entrañas, sufre porque, ya hombre, no puede recogerlo, y no le ve en la cuna como esperando siempre el halago maternal, así María se arrodillaba ante la imagen como madre del pequeño, y sufría porque el pasado hacía convertirse en la memoria al niño querido en el hombre falso que huyó de su lado buscando nuevos amores.

¡Y la cabeza de la novicia se inclinaba bajo el peso de la amargura suprema al pensar en la hermana infiel...

Las cartas que recibía eran un motivo más de tormento; siempre creía iba á encontrar en ellas alguna noticia temida. Una vez la maestra le dijo habían escrito sus padres, pero no le entregó la misiva. Por la tarde, paseando por el jardín, le participó que su hermana se había casado. Al día siguiente estuvo la novicia cerca de una hora en el confesonario, y, al separarse, dos ardientes lágrimas rodaban como perlas por sus mejillas.

La mañana la pasó tranquila, y en el coro se oyó su dulce voz cual cantar de pajarillo en la alborada. El tono de penitencia y amor á lo infinito hacía fijar la atención en aquella vocecita que se destacaba entre todas por su ardiente expresión. En el refectorio hubo una escena conmovedora. La madre abadesa anunció que la madre Sacrificio iba á leer, en penitencia, una poesía que había escrito. Y la ya envejecida madre que se había pasado la vida haciendo versos y leyéndolos en penitencia durante muchas sesiones del refectorio, se levantó, púsose en mitad de la habitación, y recitó con un tonillo algo gangoso este romance:

El huerto de nuestro amor
tiene rosas con espinas;

toma para tí las flores
y déjame las fatigas,
que, para que tú no sufras,
ha ido a buscarte la Amiga.

Vamos al huerto, mi Amado,
al rincón donde solías
ir á buscarme, pues veo
que descanso necesitas.

Para tu sueño velar
me sentaré sobre espinas,
y, aunque sufra, no te importen
mis angustias y desdichas,
pues si me causan la muerte,
yo vivo mientras tú vivas,
y es morir en nuestro huerto
vivir que me da tu vida.

Cuando salieron al recreo todas las novicias, encantadas con la poesía, corrieron á pedírsela para copiarla. La madre Sacrificio protestaba de que aquello era una tentación para que ella creyese que escribía bien; pero, por obediencia, tuvo que entregar el original. María se fué á su celda y copió los versos con mezcla de gusto y de envidia.

—¡Oh, si yo pudiera amarte así, Jesús mío!—pensaba.

Y, cómo el pensamiento no respeta leyes de obediencia, siguió ideando para atormentar á la monjita:

—Ya que no he sabido amar á Gabriel como... mi hermana.

¿Quién puede olvidar en tres meses al verdadero amor? ¿Quién puede apagar el rescoldo cuando ha alumbrado su luz como en el alma de María? ¿Quién no disculpará en la novicia los pensamientos que la torturaban?

María terminó la copia y se fué á buscar á la madre Sacrificio. ¡Qué conversación tan edificante era la de la monjita! ¡Como explicaba el amor á Dios! ¡Cuán bien conocía las palabras de Santa Teresa, de la madre Agreda, de la décima musa mexicana y del sublime San Juan de la Cruz!... Era un alma que había sentido desde niña el sentimiento religioso, y ya en la edad senil seguía sintiendo como en la niñez, aunque sus escasas dotes poéticas no le permitiesen expresar sus sentimientos con toda su intensidad y pureza. ¡Qué ligera era su plática! No era más ligero el rumor que producía en los claustros el pasar de la más espiritual de las monjitas.

¿Por qué no había de ser el corazón de María tan tierno, tan vaporoso?...

IV

Y llegó un día en que la imagen del niño Jesús que tenía la monjita en la celda, se llenó de galas. Por la calle andaban los muchachos con zambombas y panderos cantando á voz en cuello y corriendo sin descanso para llevar la bulla de uno á otro lugar. La noche llegaba á toda prisa, y

en el convento se preparaban para la fiesta. Era aquel un mundo aislado que tenía las paredes como los héroes griegos tenían la niebla de los dioses para aislarse por completo; mas, en aquel día, tornábanse las paredes transparentes y fusionábase la vida del monasterio con el vivir de los hombres: el milagro era obra del idilio universal que la iglesia señala entre sus mejores recuerdos.

María, para quien ya pronto iba á terminar el noviciado, estaba como el jilguero en su nido, arreglando los últimos detalles del altarcito, cuyo cuidado constituía la mitad de su vida. A media voz saboreaba los villancicos que tenía que cantar en la *misa del gallo*. Todo era fiesta. Todo hablaba á las almas para llenarlas de contento y de ilusiones. ¡*Sursum corda!* era el grito universal.

Cuando más empeñada estaba la novicia en sus menesteres, entró en la celda la madre maestra con un telegrama. Tantas pruebas de vocación había dado la joven, que no titubeó en entregárselo. María leyó:

«Elena tiene un niño».

La monjita dirigió una mirada profunda á la imagen que tenía en el altarcito.

—¡Que sean felices!—musitó. Y la madre maestra dijo:

—No, no lo serán. Usted sí lo será, hermana, porque ha conocido el verdadero camino de la felicidad; ellos no. Recuerdo lo que le escribían el otro día: «si es niña se llamará como tú, María; si es niño, Gabriel como su padre, aunque no merece que bauticemos con su nombre á su hijo.» Dios ha permitido que hagan lo que han hecho para enseñarle á usted el verdadero amor; ellos no quedarán sin castigo.

María quedó sola. Creyó ver á Elena en el balcón hablando con su Gabriel tan ligera, tan felina como en aquella célebre noche; creyó verla también con el pequeño en brazos, llenándolo de caricias y esperando entre lágrimas al esposo trasnochador... y sufría y gozaba, y los pensamientos se buscaban, se envolvían, se cruzaban, vencíanse unos á otros y los vencidos volvían á recuperar sus antiguos baluartes. La noche hablaba de dulzuras, pero el corazón de la novicia sufría una de las más horribles tempestades de la vida.

En el coro cantó la monjita:

Pastorcillos y pastoras
corred, venid sin tardar,
que el niño Dios ha nacido
porque nos quiere salvar.

Terminada la fiesta, el convento quedó en calma. Muy lejos se perdía la voz de los muchachos que gritaban:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad...

Y al fin el silencio se hizo señor del universo. La Luna, reina del firmamento, deslizábase rodeada por su corte de estrellas. María, en el humilde lecho de penitencia, seguía sufriendo la tormenta de su alma; pero

la noche era de alegría, de fiesta, y, al fin, desde lo alto llegó á sus oídos la voz de la campanita del convento que, anunciando la llegada del alba, anunciaba igualmente el fin del insomnio y de la angustia. La novicia dejó el lecho y cayó de rodillas ante el altarcito de su celda. Sus ojos eran fuentes, sus labios murmuraban una oración:

—¡Dios mío! No los castigues; perdónalos como yo los tengo perdonados. Dale tú la paz á mi alma, y que él sea la paz de aquel nido de amor, ya que ha venido al mundo, como tú, para traer los sueños de la Nochebuena.

Y allí arrodillada, recibió la niña pueblerina la caricia del sol de Navidad, del sol que besa á la tierra para derretir las nieves y llenarla de flores y de frutos, y busca á los corazones para borrar en ellos el odio y sembrar la alegría, la ilusión y la esperanza. Y el viento era tan sutil en aquel instante, que no pudo mover ni una sola de las ramas de los árboles del jardín del monasterio...

EDUARDO JULIÁ MARTÍNEZ

Madrid-XII-1917.

Manuel del Palacio

(CONTINUACIÓN)

Sirvieron de blanco á Manuel del Palacio todos los políticos militantes, y en especial los de la *Unión Liberal*, como O'Donnell, Narváez, D. Pedro José Pidal, Posada Herrera, etc.; con lo cual, si consiguió que el aura de la fama le acariciase gratamente, se acarreo no pocos disgustos y sinsabores.

El más grave de todos ellos fué el que le produjo, en Agosto de 1861, una composición titulada *Ellos y nosotros*, en que dirigía una pulla sobradamente atrevida á Pérez Negrete, ministro de Gracia y Justicia. Formósele causa, y pudo, por de pronto, escapar á la prisión con que le amenazaban. Así, bajo el título de *No entro por uvas*, decía días después:

Negrete, he estado en un brete;
si no soy un caballero
me llevan al Saladero:
Dios te lo pague, Negrete.

Mas no vaya á disgustarte
ver que tan dichoso fuí;
si no me llevan allí,
me llevarán á otra parte.

Y juro por Belcebú
que con mucho gusto fuera
á cualquiera... sí, á cualquiera...
donde no estuvieses tú.

Condenáronle, no obstante, á destierro de Madrid por veintiséis meses. Durante varios días el tema de su destierro le sirvió para escribir versos llenos de gracejo. Hacía cálculos sobre su porvenir y se prometía un feliz viaje:

Yo, aceptando las promesas
de cien amigos corteses,
pasaré veintiséis meses
en París con las francesas,
y en Londres sin los ingleses.

Y escribiré desde allí
tanto verso y tanta prosa
á la unión que combatí,
que por medida juiciosa
me habrán de volver aquí.

Opúsose á la sentencia, y defendióle en la Audiencia Cristino Martos; pero en definitiva se confirmó la pena de destierro. Entonces se despidió de sus lectores en los siguientes versos:

¡YO VOLVERÉ!

BALIDO

Lectores, no lloréis; si el hado triste
me obliga al fin á un cambio de cuartel,
aunque dure la unión lo que dure,
¡yo volveré!

Niñas, que mis romances perfumabais
sólo con recitarlos una vez,
me alejo de vosotras, mas ¡qué diablo!
¡yo volveré!

Necios en cuya espalda dejé escrito
de mí justicia el testimonio fiel;
mientras de España profanáis la tierra,
¡yo volveré!

Amigos, que jamás me habéis negado
consuelos, y caricias, y placer,
estad aunque me marche muy tranquilos;
¡yo volveré!

Prados, colinas, apacibles ríos,
sifios donde corriera mi niñez,
si he de encontrar mi tumba entre vosotros,
¡yo volveré!

Recuerdos que en el alma llevo impresos,
esperanzas que allí guardo también,
aunque al volver os trueque en desengaños,
¡yo volveré!

Unión que de mi mal la causa fuiste,
si te he de hallar cadáver al volver,
para escupir tus restos insepultos
¡yo volveré!

Un oportuno indulto evitó la partida. No por eso cejó en sus acometidas á los de la Unión Liberal; y en su epístola á Eduardo Ruiz Pons, que le había invitado á pasar en Génova el destierro á su lado, hizo noble alarde de su inquebrantable recitud y honrada independencia:

¡El destierro! ¿Qué me importa?

Para el hombre que trabaja,
que al cielo eleva su frente
y en su conciencia lo abarca;
para el que dió cuanto tuvo,
lo que hoy acaso le falta,
y de su deber esclavo
vivió una vida sin mancha,
¿qué es el destierro? Lo mismo
bajo el techo de su casa
que en las campiñas de Roma
ó en los desiertos de Arabia,
en el aduar del gitano
y en el sollado del nauta;
en la mansión opulenta
como en la humilde cabaña,
será siempre el que lo sufra
honrado, si su honra guarda;
criminal, si en esa senda
le lanzó su suerte infausta.

La mayor parte de sus poesías políticas de esta época están contenidas en un libro así titulado: *De Tetuán á Valencia haciendo noche en Miraflores. Viaje cómico al interior de la política* (1865). Juntos aparecen así los comentarios á la vida política de los años 1856-1864, tan fecunda en sucesos y tan propicia á la censura festiva. Se explica que lectores entregados, como buenos españo-

les, á la politiquilla en cuerpo y alma, leyeran con fruición composiciones como los *Juicios del año*, ó la *Invocación*, ó aquella de *El fiscalito*:

Saturnino, Saturnino,
Saturnino Bugallal,
¿cuándo dejas tu destino,
tu destino de fiscal?
Ya me tienes tan cargado,
tan cargado de razón,
que tu lápiz encarnado
me ha encarnado el corazón...

Como, á la vez que estos versos de actualidad, publicaba Palacio en los periódicos otros puramente literarios, de mérito sólido y permanente, los coleccionó en 1864 bajo el título de *Doce reales de prosa y algunos versos gratis*. Allí hay cuentos tan interesantes como *El ángel bueno*, *El gaitero de Arganda*, *Dieu protège la France*, *Un drama en Sierra Morena*; artículos de costumbres como *No como en casa*, *La calle de Alcalá*, *Después de un baile*, *La musicomanía*; pasatiempos como *El mes de mayo*, *El 13 de Junio*, *La pluma*, *La mujer*, *Los años*, *Un vaso de agua*; relatos tradicionales como *La cueva de Zampoña* y *La cruz de Quirós*; amenidades históricas como *Un príncipe artista y un artista príncipe*, *Numancia*, y sobre todo *El sargento Simón*, en que, gallardamente referido, aparece un episodio militar de Simón del Palacio, padre de nuestro poeta. Hay también una serie de *Pensamientos* muy sustanciosos, como puede juzgarse por la siguiente muestra:

En la escala de las pasiones humanas, cuesta menos trabajo llegar á la cúspide que subir el primer escalón.

Sucede con las obras de ciertos autores lo que con algunas mujeres: ó se las comprende á primera vista, ó no se las comprende nunca.

El miedo, lo mismo que el valor, ha producido muchos héroes.

Figura también en este libro el *Discurso humorístico* que Palacio pronunció en un banquete dedicado por varios escritores y artistas á D. José de Salamanca, y que tantas imitaciones tuvo después. Es algo así como los *Disparates* de Juan del Encina, puestos en prosa y perfeccionados. A título de curiosidad, véase el comienzo:

SEÑORES:

En el puchero de los tiempos acaba de ponerse en infusión una idea nueva. En el terebinto de la historia arde hoy más viva que nunca esa

luz apócrifa de los hechos, que lo mismo ilumina los oscuros desvanes de la conciencia, que alumbra los extraviados senderos donde la humanidad, como otro Leónidas, espera hallar su paso de las Tresmilpilas.

Esa idea y ese hecho son la necesidad que existe de una unión, verificada, no ya por medio de la inteligencia, sino por medio de los estómagos.

Yo desearía ser un energúmeno frágil y virtuoso; desearía poseer una voz dulce y lánguida como la de un perro de presa para eruptrar todos los pensamientos hiperbólicos que aquella idea hace fermentar en mi imaginación, caliginosa de suyo; pero ya que esto no sea, ya que mis palabras hayan de perderse como esos fuegos fastuosos que se levantan alrededor del catreflaco del mundo antiguo, permitidme al menos lanzarme en el áspero camino de la teología ecuestre, recordando aquellos versos de un poeta:

*Non possis oculo clarius contendere linceus,
non tames idcirco contemnas lipus inungi.*

Señores: atravesamos una época de grandes esperanzas y de mayores desengaños. Un grito que todos los labios exhalan en silencio, pero que se delata en los corazones como el carácter de un volcán comprimido, se deja oír desde las nevadas cumbres del Apetito hasta la Arabia Petra; desde las riberas del Hilo hasta el río de las Amassordas. Ese grito, que conmueve á un tiempo la columna de Véndome y la cúpula del Vatecano, es el grito de la nueva generación, que llora sus dolores, y que después de haber pasado por todas las pruebas, desde el suplicio de Tiéntalo hasta la roca de Sisefué, siente el gusano de la deuda que devora su alma como el buitres de la micología devoraba las entrañas de Prometerlo...

Cierran el libro muy bellas poesías. Cincelaba ya Palacio los sonetos en la forma que había de darle lugar preferente entre los mejores sonetistas castellanos, y así hallamos algunos como el siguiente, titulado *Tristeza*:

Dentro de mí te escondes enemiga
y mi aliento emponzoñas con tu aliento;
tú conviertes en pena mi contento
y mi reposo cambias en fatiga.

Cual madre que rencor tan sólo abriga,
nutres mi corazón de sentimiento;
pero mi voluntad vence á tu intento
y tu constancia mi dolor mitiga.

Cruel eres conmigo, y yo te amo;
soy de ti tan celoso, que quisiera
del mundo á las miradas esconderte;
cuando de mí te ausentas, yo te llamo;
sin ti mi vida el ocio consumiera;
por ti pienso en la vida y en la muerte.

La incansable laboriosidad de Palacio daba también al teatro obras varias, adaptaciones en su mayor parte de zarzuelas ú óperas extranjeras (1). Era un buen recurso para servir música de allende los Pirineos con letra castellana.

Trajo, pues, á nuestra escena el *Don Bucéfalo*, de Cagnoni, con el mismo título, y *Il ritorno di Columella*, de Ricci con el de *La vuelta de Columela*; hizo letra para la música de *Stradella* y *Marta*, de Flotow, cuya parte dialogada corrió respectivamente á cargo de Luis Rivera y Emilio Alvarez; é idénticamente acomodó al castellano con Rivera *Crispino e la Comare*, de Ricci, bajo el título de *El zapatero y la maga*, y con Alvarez *La reina Topacio*, á que puso música D. Manuel Fernández Caballero (2).

Cabe aplicar á todas estas adaptaciones las palabras que D. Manuel Caffete escribía cuando muchos años después, en 1887,

(1) No dejaré de recordar aquí una anécdota que refiere D. Pedro de Novo y Colson.

En septiembre de 1857 actuaba la Ristori en el teatro de la Zarzuela. Cierta noche se presentaron á ella tres periodistas para hacerla un ruego, á que la famosa trágica accedió complacida.

En consecuencia, la Ristori suplicó á Narváez, que se hallaba en el teatro, que pasase á su cuarto; allí, con lágrimas en los ojos, le pidió el indulto del soldado Nicolás Chapado, condenado á muerte por agredir, en legítima defensa, á un sargento. El duque de Valencia se mostró rehacio en un principio; pero luego llegó á ofrecer que no aconsejaría á la Reina en contrario.

Concluído el primer acto, pasó la Ristori al palco real acompañada de Barbieri. Hizo la petición á la reina, y ésta, después de consultar á Narváez, dió el apetecido indulto.

Los tres periodistas que habían acudido á la Ristori en demanda de tan buena obra, eran Pedro Antonio de Alarcón, Gaspar Núñez de Arce y Manuel del Palacio.

(V. *Hermoso rasgo de tres periodistas*, por D. Pedro Novo y Colson, en *La Ilustración Española y Americana* de 8 Enero 1896.

(2) La labor dramática de Manuel del Palacio, continuada en años sucesivos, comprende las obras siguientes: *Don Bucéfalo*.—*La vuelta de Columela*.—*Stradella*.—*Marta*.—*La reina Topacio*.—*El zapatero y la maga*.—*La romería de Ploermel* (arreglo de *Dinorah*, de Meyerbeer).—*Los moriscos de la Alpujarra*.—*Por una bellota* (juguete en un acto).—*El motín las estrellas* (zarzuela, en colaboración).—*Antes del baile, en el baile y después del baile* (en colaboración con Alvarez, música de Gaztambide).—*Tanto corre como vuela* (en colaboración con Blasco y Saco, música de Rogel).—*Can* (parodia de *Kean*).

estrenó Palacio en el teatro de la Zarzuela el arreglo de *Dinorah*. Eras estas:

«El propósito de dar al libreto de *Dinorah* condiciones de zarzuela, cosa menos fácil de lo que algunos se figuran, requería, para no fracasar, que lo llevase á cabo un ingenio de buen gusto y conocedor de los misterios de nuestra lengua, sobre todo por la grandísima dificultad de adecuar en estilo poético letra española al diálogo musical, digámoslo así, del gran maestro berlinés. Del modo que ha realizado tan arduo empeño la maestría con que versifica Manuel del Palacio, podrán los lectores formar idea por las breves muestras que incluyo al pie de estas líneas.

En el coro de introducción hay esta estrofa, que parece nacida espontáneamente más bien que sujeta de antemano á la ineludible exigencia de determinado ritmo:

La sombra en el cielo
Ya tiende su velo;
Del monte vecino
Se borra el camino:
Cabrillas gentiles,
Buscad los rediles,
Que pronto la noche
Callada vendrá.
Pastor, á tu choza,
Que errar se ven ya
Enanos y brujas
De aquí para allá.

Tra la la
Tra la la...» (1)

No es, en efecto, frecuente que en los cantables de las zarzuelas modernas, siempre descuidados y muchas veces disparatados, se encuentren trozos como los que cita Cañete de *La Romería de Ploermel*, ó como estos otros de *Stradella* y *Marta*:

Junto á la fresca orilla
del Tibre encantador,
felicidad sencilla
me brindará el amor.
Bello país de Roma,
cielo que adoro ya:
ya aspiro en tí el aroma
de dulce libertad,

(1) *La Ilustración Española y Americana*, 22 Octubre 1887.

Pronto del himeneo
la dicha gozaré;
sólo la paz deseo
al lado de mi bien.

Testigos sed de mi alegría,
cantad mi amor, gozad mi bien,
montes do nace la luz del día,
jardín que el pecho troc6 en Edén.
Libre y feliz, en dulce calma
vida dichosa encuentro aquí,
paz y consuelo para el alma
que á Dios ha tiempo le pedí.
Dejé la cárcel que habitaba;
puedo vivir en libertad;
goce por fin el alma esclava
dicha y placer, ventura y paz.

¡Oh natura
que á mi amor
grata ofreces
fruto y flor!
Dame siempre
tu favor
y tu ambiente
seductor.
Lirio y rosas
por doquier,
sean emblema
de mi fe.

Todo canta en torno mío:
ondas, flores, viento y sol,
iris, nubes, bosque y río;
todo al alma dice amor.

CORO.—Como siente el cazador
del cuerno al rumor
crecer su valor,
le sentimos nosotras igual,
y el golpe mortal
será la señal.

Y á par de aquellas cazas mejores
nos propocionan los cazadores
que nuestros ojos amantes ven
y luego caen á nuestros pies.

NANCY.—Yo disfruto también su alegría:
la tristeza á cantar no llegué.
Ni un suspiro exhaló el alma mía:
¡suspirar á veinte años! ¿por qué?

Pero siento una voz interior,
 lejano clamor
 que me habla de amor;
 y es tal su armonía
 que pienso en rigor
 que amor es mi delito mayor, etc.

Limitada casi siempre á estos arreglos líricos la intervención de Palacio en obras teatrales, ni pudo manifestarse en tonos más delicados, ni había de tener gran trascendencia en la bibliografía de nuestro poeta.

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

HUGO A. RENNERT: *Cervantes. Selections from the Novelas Ejemplares.*—New York, 1918.—Muchos son los servicios que Hugo A. Rennert, el profesor ilustre de la Universidad de Pennsylvania, lleva prestados á las letras españolas. Ultimamente, con el título que encabeza estas líneas, ha publicado una primorosa edición de *La Gitanilla* y *El Licenciado Vidriera*, de Cervantes.

Va destinado principalmente este libro á los alumnos que cursan literatura castellana en las universidades de los Estados Unidos, y bien puede afirmarse que llena su objeto con creces. El texto está perfectamente depurado, y las notas que acompañan á ambas novelas ejemplares están dispuestas con gran acierto. Termina el libro con un nutrido vocabulario, que será de gran utilidad para los estudiantes á quienes la edición se destina.

* * *

JOSÉ ZURITA NIETO: *Apuntes documentados sobre el año de la muerte del Conde Don Pedro Assúrez y acerca de su sepultura, epitafio y aniversario en la S. I. M. de Valladolid.*—Valladolid, 1918.—Por el anterior título puede suponerse la importancia que este libro tiene para la historia de Valladolid. Se considera con razón al conde Asúres, Asúrez ó Ansúrez como el verdadero fundador de Valladolid, y al aproximarse el centenario de su muerte ha de leerse con particular interés cuanto á él se refiera.

El notable libro del Sr. Zurita está dividido en cuatro capítulos que llevan los siguientes títulos: I. *¿Cuándo murió el Conde Assurez?* II. *De la sepultura del Conde.*—III. *Del celebrado epitafio del Conde Assúrez.*—IV *Del aniversario del Conde en la Iglesia de Valladolid.*

En el segundo de estos capítulos el Sr. Zurita, dándose exacta cuenta del alcance que pueden tener los documentos por él aportados y adelan-

tándose á las objeciones que pudieran hacerse, advierte que el acuerdo tomado por el cabildo en 15 de febrero de 1674 es á propósito para sembrar la duda sobre el lugar en que estuvo enterrado el Conde. Pero en el siglo XV, según demuestra el Sr. Zurita con el libro antiguo de la Cadená, se tenía por cierto que la sepultura del Conde estaba en el crucero de Santa María la Mayor, y sin que ahora hayamos de pecar de crédulos, tampoco debemos pasarnos de suspicaces. En todo caso—y nadie mejor que el Sr. Zurita podía continuar estas investigaciones,—en el Archivo Histórico Nacional y en el de la Catedral de Palencia está tal vez la solución completa del problema.

El capítulo III, que trata del epitafio del Conde Ansúrez, es completísimo. Uno por uno estudia el Sr. Zurita los versos del famoso epitafio, así como sus alusiones y referencias.

El libro del Sr. Zurita, en suma, está lleno de amenidad é interés histórico.

* * *

FRANCESCO DE QUEVEDO: *Vita del Pitocco. Prima versione italiana di* ALFREDO GIANNINI. Roma, 1917.—El ilustre traductor italiano de las *Novelas ejemplares* y de los *Entremeses* de Cervantes, ha vertido ahora á aquella lengua la *Vida del Buscón*, de Quevedo.

Es de seguro la *Vida del Buscón*, por el desgarró de la frase, por la abundancia de modismos y giros poco usados, una de las obras de más difícil traslado á otro idioma. El talento del Sr. Giannini ha vencido airoosamente todas las dificultades; no sólo ha expresado cabal y exactamente todos los conceptos, sino que ha sabido conservar en el texto italiano el mismo sabor *picaresco*, pudiéramos decir, que se advierte en la donosa novelilla de Quevedo. Ha ilustrado además las alusiones y pasajes dudosos con notas muy interesantes. No menos notable es el prólogo, donde traza una completa biografía de Quevedo y hace oportunas consideraciones sobre el carácter del *Buscón*.

La traducción va dedicada á D. Narciso Alonso Cortés.

* * *

DOCTOR THEBUSSEM.—Para la «Bio-bibliografía thebussiana» que está formando un entusiasta thebussianista, se suplica noticia, prefiriendo copia, de lo publicado referente á la muerte de aquel esclarecido ingenio; indíquese en el primer caso, y á ser posible, título, lugar, día, mes y año del papel en que se insertó el escrito, y el autor de éste. Se agradecerá bastante y no se olvidará al estampar el mencionado trabajo.

Las copias ó notas pueden enviarse á Enrique de la Riva y Ramírez, vecino de Madrid, habitante en la calle de San Isidro, núm. 6 duplicado, piso bajo de la izquierda.